

Prólogo

(Salamanca, 20 de septiembre de 1497)

Aún no había amanecido, cuando fray Tomás de Santo Domingo se levantó del lecho en su celda del convento de San Esteban. Había pasado una mala noche, llena de pesadillas y sobresaltos que apenas le habían dejado dormir. Pero no era el cansancio lo que en ese momento le preocupaba, sino un profundo malestar, una aguda zozobra que lo llenaba de inquietud. Fray Tomás era catedrático de Prima de teología en el Estudio General salmantino. Había sucedido en la cátedra al obispo de la ciudad, Diego de Deza, dominico y teólogo como él, y la había convertido en uno de los principales baluartes de la Iglesia en Salamanca. Para este fraile de pequeña estatura, abdomen abultado, cara rugosa y redonda como una hogaza y manos pequeñas y femeninas, la cátedra era un púlpito desde el que defender con la elocuencia de su verbo la verdadera doctrina y clamar justicia contra los herejes, las brujas y los conversos judaizantes o *rejudaizantes*, como él los llamaba. Nada más subir a ella, se transformaba, como por milagro o arte de encantamiento, en un feroz defensor de la fe católica, en un guerrero provisto de un arsenal de palabras que lanzaba desde las almenas como si fueran venablos. Demasiado rígido e intransigente para unos, arrebatador y brillante para otros, sus lecciones no dejaban a nadie indiferente dentro de la Universidad. Ya hubiera nieve en las calles embarradas o soplara el temible cierzo de marzo, a sus clases, en el aula general de teología, solía acudir un gran número de estudiantes, siempre deseosos de escucharlo. Mientras unos lo vitoreaban y ensalzaban en voz alta, otros lo denigraban y criticaban entre dientes.

Y no eran pocos los que, al escucharlo, se extasiaban o, por el contrario, se escandalizaban. En más de una ocasión, las diatribas que sus palabras provocaban entre los asistentes habían terminado en reyerta o en un conato de linchamiento. Nadie que no lo conociera podía imaginarse, al verlo fuera de la cátedra, que ese hombrecillo rechoncho como un tonel y feo y desagradable como un sapo pudiera despertar semejante entusiasmo y originar tales tormentas. Era tanta la fama que había adquirido con sus lecciones que el Tribunal de la Inquisición de Valladolid lo había nombrado consultor del Santo Oficio.

Durante largo rato, fray Tomás estuvo paseando, pesaroso, por el claustro del convento, sumido en intrincadas meditaciones. En su interior, había algo que lo torturaba, algo en lo que ni él mismo se atrevía a hurgar. No podía estar quieto. Su alma estaba a merced del miedo y la congoja, y cualquier cosa le parecía un mal presagio. De repente, sintió deseos de orinar. Salió al huerto por una pequeña puerta que había en uno de los rincones del claustro. No tenía ganas de ir hasta las letrinas, que estaban al otro lado, junto a la tapia que daba al arroyo de Santo Domingo, al que iban a parar todas las aguas inmundas; así que decidió hacerlo sobre uno de los planteles de fray Antonio de Zamora, el herbolario de San Esteban. En él, éste había ido cultivando con esmero y entusiasmo las semillas que Cristóbal Colón había enviado al convento a la vuelta de sus dos primeros viajes a las Indias, como humilde señal de agradecimiento por el apoyo recibido en su día, por parte de los dominicos, para llevar a cabo sus aventurados proyectos. Se decía que había sido precisamente Diego de Deza, antiguo prior de San Esteban, el que, tras varias reuniones con el navegante, celebradas en la Sala de Profundis del convento y en la finca de Valcuevo, una propiedad que los frailes predicadores tenían a unas dos leguas de la ciudad, había convencido a los Reyes Católicos para que financiaran el viaje.

Fray Tomás despreciaba al hermano herbolario. No podía entender cómo un dominico dedicaba todo su esfuerzo al cultivo y conocimiento de las plantas, en lugar de consagrarse a la predicación y a los estudios de teología. El máximo empeño de fray Antonio, en ese momento, era hacer que unas semillas traídas de otro mundo arraigaran y dieran fruto en estos pagos; el suyo, glorificar a Dios, arrancando de raíz las malas hierbas de la herejía y combatiendo sin cesar al Maligno. Nada bueno podía venir, además, de tierras infieles. Era allí adonde, según él, había que trasplantar con urgencia la palabra de Dios, pues una fe que no prospera ni se propaga es una fe muerta.

Mientras orinaba, no pudo reprimir un suspiro de bienestar. Él, que tanto despreciaba las servidumbres y bajezas del cuerpo, no dejaba de experimentar un gran alivio cuando vaciaba su vejiga. «Estaría bien que con el alma pudiera hacerse otro tanto», pensó. Abrir la espita y, sin más preámbulos, evacuar la conciencia en cualquier sitio; dejarla limpia y libre de culpa y de remordimientos sin necesidad de confesión. Pero esa idea era una peligrosa herejía y la borró de inmediato de su mente. Lo cierto es que, en ocasiones, había pecados que no eran fáciles de explicar, lastres de los que no sabía cómo desprenderse, por más que quisiera.

Cuando volvió a entrar en el claustro, sintió que había llegado la hora de compartir sus temores y sus pecados con alguien. No con el prior del convento, claro está, sino con una persona de más confianza y mucha más preparación y autoridad. Sabía que el obispo, cuando estaba en Salamanca, iba a primera hora de la mañana a rezar a una de las capillas de la Iglesia Mayor. Si se daba prisa, aún podría alcanzarlo antes de que entrara en el templo. Él era el único que sabría comprenderlo y perdonarlo, y el único a quien su secreto iba a serle útil. Al fin y al cabo, Diego de Deza era su amigo y su maestro, y le debía muchos favores. Pero y si resultaba que... De todas formas, ya no po-

día esperar más. En ayunas y sin aguardar la compañía de ningún criado, se lanzó a la calle como alma que lleva el Diablo, aunque su intención fuera más bien huir de él.

Al salir, sintió el relente de la madrugada en los huesos. Se cubrió bien con el manto y, con paso ligero y decidido, se dirigió a la catedral. No era mucha la distancia que lo separaba del templo. Después de cruzar un pequeño puente sobre el arroyo de Santo Domingo y atravesar la calle de San Pablo, comenzó a subir, con gran pesadumbre, la cuesta de los Azotados. Hacia la mitad de la calle, se abrió una de las puertas de la antigua muralla de la ciudad, la de San Sebastián; la traspasó con mucho sigilo, como si temiera encontrarse con alguien, y se internó en un dédalo de oscuras callejuelas.

A esa hora, entre dos luces, Salamanca tenía algo de tenebroso y espectral, como un gran monstruo dormido que, en cualquier instante, podía despertarse con mal genio. Si aguzaba el oído, podía oírlo respirar y aun llegar a oler su fétido aliento. De repente, tuvo la sensación de que alguien lo seguía, emboscado en las sombras. Fray Tomás miraba a un lado y a otro, sin dejar de caminar. Tenía prisa. Necesitaba confesarse, como fuera, y liberarse de esa tremenda carga que amenazaba con volverlo loco. El canto de una lechuza lo llenó de aprensión. A la altura del Colegio Mayor de San Bartolomé, apretó el paso, pues creyó ver una sombra que se movía por las paredes del edificio, como si fuera un reptil. Aún le faltaba atravesar un último grupo de casas a su izquierda. Deliberadamente, hacía ruido al pisar para sentirse menos solo, pero el eco de sus pasos a sus espaldas no hacía más que acrecentar su temor. Por fin, tras un recordo, pudo ver, al otro lado de la plaza del Azogue Viejo, la imagen tranquilizadora de la Iglesia Mayor.

Decidió probar suerte por la puerta del Azogue, pero estaba cerrada. De modo que tuvo que rodear la torre de campanas para dirigirse a la entrada principal. En su camino, estuvo a punto de caer en una zanja llena de agua

y de tropezar con un sillar abandonado. Cuando al fin llegó al pórtico de la Penitencia, se detuvo un instante para recuperar el aliento. Respiraba con gran dificultad. Entre sus jadeos, creyó oír el ruido de unos pasos un poco más allá. Demasiado tarde para escapar; de las espesas sombras que envolvían la entrada, surgió de pronto una más negra que lo embistió hasta derribarlo. Desde el suelo, pudo ver con claridad cómo su agresor sacaba un arma de debajo de la capa y, sin mediar palabra, se la clavaba una y otra vez en el vientre, en el pecho y en los costados. Paralizado por el horror, no fue capaz de pedir auxilio. Mientras se desangraba, aún tuvo tiempo de pensar, con consternación, en lo que le estaba sucediendo. No le importaba tanto morir acuchillado a la entrada de la catedral como expirar sin haberse confesado, lastrado por una culpa y un secreto de los que ya no podría librarse por los siglos de los siglos.

—¡Confesión! —llegó a decir con el último suspiro.

Poco tiempo después, lo descubrió el sacristán. En un principio, pensó que se trataba de un mendigo que había madrugado para coger un buen sitio donde pordiosear y se había quedado dormido. Pero enseguida se dio cuenta de su error. El cuerpo estaba tendido sobre un gran charco de sangre. Tenía el brazo izquierdo doblado sobre el vientre, como si con la mano hubiera querido taponar alguna de sus heridas; el otro estaba extendido en dirección a la puerta, con el dedo índice señalando hacia el interior del templo. Al ver que se trataba de fray Tomás, el sacristán miró al cielo y se persignó. Luego, se agachó junto a él, con el fin de comprobar si todavía respiraba. El dominico tenía los ojos y la boca bien abiertos, fijados para siempre en un gesto de terror. Justo encima de la lengua, como si fuera una hostia, brillaba una moneda. Se acercó algo más y vio que era una pieza pequeña de vellón, muy poco valiosa; de modo que no la quiso tocar.